

su manifestación más visible en la disputa por la creación, conquista y dominio de espacios institucionales. En este sentido, y dentro de los distintos factores analizados que hicieron de la propuesta del sociólogo italiano una opción viable y exitosa, Blanco presta especial atención al de las redes de sociabilidad intelectual que, desde su oposición al peronismo, dieron forma al frente intelectual que se haría cargo de la Universidad de Buenos Aires después de 1955.

En términos de las prácticas desplegadas por Germani en esta confrontación, la obra explora, en primer lugar, la actividad orientada a promover un perfil de sociólogo y una sociología acordes con los nuevos patrones internacionales: traducciones, publicaciones, fomento del estudio del inglés, cooperación con académicos extranjeros, estudio y uso de las modernas técnicas de investigación social, becas y viajes de perfeccionamiento en el exterior, particularmente a Estados Unidos, alianzas con la UNESCO, FLACSO y CLAPCS y la definición de una nueva agenda de investigación. En segundo término, recorre las estrategias y acciones puestas en práctica para dominar los resortes centrales de la disciplina y la profesión en el país. Un aspecto decisivo en este sentido, por su capacidad para generar legitimidad interna, es el análisis de las alianzas que tanto Germani como Poviña establecieron con organizaciones sociológicas regionales e internacionales. Pero, si bien las diferencias y oposiciones mencionadas son marcadamente visibles, Blanco destaca que la confrontación no adoptó la forma de conflicto abierto sino que, por el contrario, la estigmatización y la indiferencia signaron la intensa disputa. Por último, si a lo largo de la obra se analizan los distintos factores que posibilitaron el dominio intelectual e institucional de la “sociología científica”, hacia el final de la tercera parte Blanco examina los límites y el declive de este proyecto de renovación.

Tanto por su original aproximación historiográfica como por su notable claridad expositiva, *Razón y Modernidad* deviene no sólo una contribución fundamental para el conocimiento de la historia de las ciencias sociales en Argentina y América Latina, sino también, y especialmente, para la consolidación del emergente campo de la historia intelectual en aquel país.

**Alejandro Dujovne**

*IDES - CONICET*

**MARCELA GENÉ: *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer peronismo, 1946 – 1955*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2005.**

En el desarrollo de su maestría en Historia, Marcela Gené ha desarrollado una interesante investigación, a cuyos resultados podemos acceder gracias a la publicación de *Un mundo feliz. Imágenes de los trabajadores en el primer*

*peronismo, 1946 – 1955*. Sin duda, nos encontramos frente a un libro que aporta al conocimiento del fenómeno peronista desde un nuevo ángulo. En efecto, explorando en un complejo sistema simbólico, busca evidenciar a partir del análisis de la iconografía del poder, cuánto fue el poder que irradiaron estas imágenes.

Durante el curso del trabajo, la autora se ha preguntado de qué manera los propagandistas del régimen elaboraron el repertorio de imágenes de los trabajadores durante el peronismo, desde qué modelos disponibles a nivel nacional e internacional y cuáles fueron las reelaboraciones y las “invenciones” que operaron sobre ellos. Tal como puede desprenderse del tenor de los interrogantes y de su carácter pionero en el campo, Gené realiza con prudencia un estudio de carácter descriptivo que sienta las bases de futuras aproximaciones, a la vez que efectúa interesantes aportes. Así, recorre un camino ciertamente original, apostando al trabajo de la imagen como fuente de interrogantes, a través de la construcción de series temáticas y cronológicas. Sin descuidar el cotejo con documentos oficiales, prensa y entrevistas, ancló su estudio en la lectura de afiches, folletos, avisos de prensa, escenografías y cortometrajes cinematográficos, atendiendo al conocimiento de los contextos en los cuales emergen y a los que refieren, junto al análisis de aspectos formales y estilísticos, en los que desplegó su experiencia en el campo de la historia del arte.

En primer lugar, reconstruyó las condiciones de producción de las imágenes a través del seguimiento de la Subsecretaría de Informaciones, poniendo de manifiesto el nivel de centralización, control, planificación y magnitud que alcanzó el aparato propagandístico estatal a partir de 1946. En línea con los estudios de Patricia Berroatarán, advierte sobre la imposibilidad de comprender los efectos de estos objetos estéticos sin la mediación de un aparato institucionalizado, cuyo rol ha sido constantemente opacado por la “mitologización” del líder. Al respecto, Gené verifica en detalle la magnitud de dicha estructura burocrática a través del estudio de los “cortometrajes de argumento”, promovidos por la gestión Apold a comienzos de los años cincuenta.

En la segunda parte de la obra, la autora tiende a reforzar, por vías hasta ahora inexploradas en el campo de la simbología política, la tesis “rupturista” que emana del enfoque institucional. En este punto, sin desmentir la tesis de la continuidad entre anarquismo, socialismo y peronismo, sostenida tanto por Anahí Ballent como por Mariano Plotkin, Gené afirma que precisamente sería la conservación de ciertas “invariantes” en los modelos gráficos el único reaseguro de su inteligibilidad. En virtud de esta reflexión, que deja vislumbrar su conocimiento de la semiótica, considera el mecanismo de apropiación como una característica inherente a los sistemas gráficos de expresión ideológico – política y no un rasgo peculiar del peronismo. No obstante, destaca como ruptura significativa la “invención” por parte del Estado de un nuevo elenco simbólico de

autorrepresentación, las imágenes de los trabajadores desdoblados en sus tres versiones: la de “descamisado”, la de trabajador industrial y rural y, por último, la que emana del marco cotidiano y familiar.

Como apuesta central, el libro efectúa una crítica punzante a aquellos trabajos, tributarios de una perspectiva heredada de la “Revolución Libertadora”, que identifican el aparato de propaganda peronista con los sistemas totalitarios europeos. En esta línea, la autora construye otro horizonte de paralelismos en el campo ideológico internacional, estableciendo comparaciones no sólo con el fascismo y el nazismo, sino también con la Unión Soviética y los Estados Unidos del *New Deal*. Los resultados son convincentes, un cúmulo considerable de evidencias deja observar importantes similitudes, sobre todo con las expresiones gráficas norteamericanas: la ausencia de una representación del “enemigo político”; la expresión de la armonía social; la centralidad del trabajador industrial, una concepción holística del “hombre nuevo”; un registro de temporalidad donde el presente pleno de realizaciones se funde con el futuro para diferenciarse de un pasado oprobioso, entre otros argumentos. Esta interesante afinidad es justificada a partir de la sintonía que Gené observa entre los Estados Unidos de Roosevelt y la Argentina de Perón, a raíz de la cual problemas económicos y sociales análogos cristalizarían en representaciones gráficas semejantes (p. 97).

Cabe efectuar a esta altura algunas preguntas primarias para quienes abordan esta problemática: ¿la realidad material determina el campo de lo simbólico-discursivo? O bien: ¿hasta qué punto la ideología puede materializarse? A partir de estos interrogantes, nos adentramos en el terreno del *poder de la iconografía*. En este ámbito, resulta oportuno mencionar trabajos como el de Victoria Bonell que, para el caso de la URSS, se inclina por rastrear la manera en que la propaganda visual contribuye a la definición de nuevas identidades sociales y ayuda a crear nuevos modos de pensamiento y acción. Pese a que Gené, basándose en el trabajo de Bonell, efectúa diversas afirmaciones en este sentido, su investigación no se centra en la fuerza que, en este caso, tendría lo simbólico para construir nuevas realidades.

En este mismo sentido, queda como tarea pendiente el análisis del complejo campo de la recepción. Por supuesto, no podemos obviar la dificultad de encarar investigaciones de esta naturaleza, entre otros aspectos, por la problemática de las fuentes que implica. Aún así, el desafío queda abierto, pues si bien en el universo de la comunicación de masas el control de la fuente y el canal resulta imprescindible para manejar el contenido de la propaganda, la batalla simbólica no se gana en el lugar de donde parte la comunicación sino en los espacios a los que llega. En efecto, cabe destacar el minucioso trabajo efectuado por la autora sobre el ámbito de la producción, que sin embargo podría enriquecerse todavía más si se diferenciaban la multiplicidad de emisores que la autora registra en

el ámbito gráfico, en lugar de ser considerados en una unicidad por lo menos discutible. Pensamos, por ejemplo, que la comparación léxica y sintáctica de las imágenes aparecidas en periódicos de diversos sectores nacionales y bonaerenses ofrecería interesantes aportes para el abordaje de la conflictividad existente dentro del partido peronista que se ha puesto en evidencia con las últimas investigaciones.

En suma, aunque la investigación de Gené esté centrada en la *iconografía del poder*, el texto se encuentra atravesado por un supuesto sobre el *poder de la iconografía* que, aunque implícito en su desarrollo, sale a la luz hacia el final de la obra. Siguiendo a Jacques Ellul, la autora sostiene que, a un nivel inconsciente, el hombre es cómplice del proceso de manipulación que supone la propaganda. Por tal razón, si suponemos que la publicidad gubernamental tiene idénticos resultados de alienación y control independientemente del régimen que lo produzca, ¿no corremos el riesgo de que el enfoque esencialista acabe por prevalecer sobre el análisis histórico? En cierta medida, con este cierre el peronismo vuelve a aproximarse a las prácticas del totalitarismo, hipótesis que la autora se había encargado de desechar en el plano de la producción. En este sentido, Gené sugiere que, durante el peronismo, gran parte de la sociedad intercambió ocio y consumo por libertad crítica, y en esta clave debemos comprender la invocación, al final de *Un mundo feliz...*, de la homónima obra de Aldous Huxley.

Más allá de la polémica, la originalidad del enfoque y el análisis empírico que realiza la autora constituyen un aporte insoslayable al conocimiento del primer peronismo, desde una perspectiva muy prometedora.

**Silvana Ferreyra**

*Universidad de Mar del Plata*

**RICARDO CICERCHIA: *Viajeros: Ilustrados y románticos en la imaginación nacional*. Buenos Aires: Editorial Troquel, 2005.**

El estudio de los discursos sociales es un campo en permanente expansión. Ricardo Cicerchia se aparta de los temas de historia familiar y regional, con los cuales muchos identifican su trabajo, para ofrecer una visión de las narrativas de viajeros como género literario en el que entre los siglos XVIII y XIX se fundaron las identidades nacionales latinoamericanas. El autor se propuso “reconstruir y deconstruir los informes de viajeros como una práctica social del proyecto cultural nacional”. El viaje es la extensión de una identidad a través del espacio y el tiempo, constituye un dispositivo de poder por el cual el observador, y la cultura en la cual actúa, se apropian del espacio visitado describiéndolo, clasificándolo, objetivándolo. El sujeto viajero se transforma en objetividad,